



Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Diciembre de 1934

Núm. 114

Puntos de vista

Final de año

Con este número nuestra revista colma un nuevo año de fecunda labor en beneficio de la cultura chilena. No está bien, quizá, que lo digamos nosotros mismos. ¿Pero quién podría decirlo con más justicia y con más segura evidencia? Hasta nosotros llegan de toda América, de todos los rincones de esta América que comienza a entender que la cordialidad debe ser la ley en el comercio intelectual, palabras de afecto, voces fraternas, aliento, esperanza. De donde menos pudiéramos imaginarlo, llegan finos acentos de estímulo. Los hombres que luchan en la trágica tarea de dar un sentido a la inquietud de la tierra americana, los que maduran sus ideales al borde de la selva, cerca de los bosques, en la orilla de los desiertos o en el fondo de las grandes ciudades, apenas nacidas y ya inmensas como su horizonte, han enviado mensajes generosos. Todos incitan a continuar en la tarea, todos hablan de un tiempo por venir, más venturoso que éste para la misión del escritor en América, y todos indican que esta publicación, cumple con serena conciencia la preparación de ese tiempo que se elabora y concreta en lo íntimo de todos los espíritus corajales.

Para el escritor, en estas latitudes, no hay sendas fáciles. Se engañan los que piensan que la obra artística, por sí sola, basta para aplacar la sed que devora al hombre de letras. Como no hay tradición alguna es necesario crearla, y quienes se encuentran ya traba-

jando en esta tarea no pueden gozar de los frutos que otras generaciones aprovecharán con largueza. Se ha hecho una demarcación ya honda entre la cultura peninsular y la cultura americana, aunque su origen sea común. Aquella cuenta con siglos. Esta es apenas de ayer. Pero con ser de ayer ha podido echar al mundo de la inquietud intelectual, creaciones en las que palpita la informe y violenta crudeza de los climas americanos. Para un continente en que todo es alba de creación, en el que los hombres vibran en el apresuramiento de formar riquezas, en el que las industrias y la agricultura, absorben la atención de las masas humanas, la flor artística se entumece y tiembla entre el crepitante bregar de los luchadores materialistas.

Por esta causa, cada existencia de hombre de letras ha sido un calvario. Lo más silencioso, a menudo, hasta el punto que generaciones enteras, contemporáneas del creador, pasaron sin comprender el drama, del que a su lado agonizaba en la incomprensión y en el rencor. Hemos dicho rencor. Justamente. La creación artística impone la tónica de un clima de orgullo, no porque así se pretenda, sino porque quien eleva el tono de su espíritu y lo fecunda de gérmenes, vive desde ese instante, una existencia de mayor selección, junto a existencias niveladas por el igualitarismo que determina la lucha del trabajo. La incomprensión no concibe que el fenómeno creador pueda cumplirse, en el espíritu de un hombre que es semejante a todos los hombres; que tiene sus mismas pasiones, que padece las mismas o parecidas reacciones ante la mujer o ante la política. Por eso el hombre de letras ha sido marcado con los epítetos más denigrantes, como para hacer pagar con más crudeza, el pecado de la selección y de la superioridad intelectual.

La obra surge en medio de un amontonamiento de dificultades. Para crear y no morir en la demanda, el hombre de letras está obligado a ejercer, a menudo, oficios contradictorios. Debe luchar brazo a brazo con los más sórdidos temperamentos, con los más negados al deleite de la vida espiritual. Ya hemos indicado en otra oportunidad cómo la creencia común, sugiere la idea de que un es-

critor no puede sino agrandar los defectos que en un simple mortal aparecen como cosas tolerables y lógicas. En el hombre de letras todo lo menudo adquiere la resonancia de un delito. Es más aceptable la mugre moral en un político o en un profesional, que no las debilidades en un escritor. Un político puede resurgir de sus cenizas infectas. Un hombre de letras queda marcado de por vida. Y es que, inconscientemente, esa misma porción que le condena por sus debilidades, le exige en lo subconsciente, acaso, una dignidad de que se hace gracia a los que debiendo poseerla, la han perdido o la han convertido en tráfico.

En la vida americana el drama del escritor es una especie de heroísmo. Heroísmo que no cuenta con mártires en su santoral, porque los mártires no serían comprendidos sino por los propios oficiantes. Hay comprensión para los dramas que desencadenan las enfermedades, o las pasiones o el dinero. No la hay para ese drama permanente que supone vivir en un medio hostil a la nobleza de la función creadora.

Por eso en este término de año, al poner nuestro comentario en este número, hemos querido reflexionar con brevedad acerca del drama del hombre de letras y enviar un mensaje cordial a todos los que, desde todos los puntos de América, han estado trasmitiendo, mes a mes sus votos cordiales y su fe renovada en la labor que esta publicación desarrolla ajena a las capillas literarias, ajena a los grupos, por encima de las disputas menudas y subalternas, lejos de toda sugestión interesada, sin más norte que el de servir en la elaboración de esa cultura a que todos los espíritus cultos se han entregado con esa pasión y ese amor que Spinoza llamó con tan gozosa concisión, «amor intellectualis».

El drama español

Veamos ahora como expresa Marcelino Domingo su angustia ante el problema planteado en España por la revolución. ¿Como sería el español cuando nuevamente, después de sesenta años de monarquía, se instaura en España la república? El español tiende a